

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: *Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.*"

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

UNA TEMPESTAD EN EL MAR

(HISTÓRICO)

I

—Diga usted, camarera, ¿este camarote es de tercera?... al ver en él ese conjunto de lechos no puedo creerme otra cosa.

—Es de primera; es el departamento dedicado a las señoras... hay también tres camarotes independientes, pero ya están ocupados.

—¿Qué divertido es tener que ir en estos barcos de mala muerte... ¡iremos hacinadas?

—No señora, seis son las camas y seis las viajeras.

—¿Quién es esa señora?, preguntó en voz baja a la camarera, una casada joven que iba a Mallorca a reunirse con su esposo y había sido la primera en llegar.

—Es Remey Terratremol, escritora catalana, que colabora en periódicos anticlericales.

—Y las cuatro que faltan ¿las conoce usted?

—Sí; son dos Hermanas de la Caridad, Sor Indalecia y Sor Carmen, y las otras, son dos palmeras, D.^a Micaela Valdemosa y su hija Marieta; éstas tienen un miedo terrible al mar, a pesar de ser isleñas; su primer viaje lo hicieron hace dos meses con objeto de pasar una temporada en Barcelona, y si hacen el segundo es porque no pueden volver por tierra a su querida *Roqueta*, como llaman los mayorquines a su isla.

El aspecto del mar no presagiaba nada bueno; había gran marejada, y el tiempo tomaba un cariz de tempestad; al fin fueron soltadas las amarras que sujetaban al buque y éste comenzó a navegar con unos vaivenes poco tranquilizadores.

Remey para ocultar la angustia indefinible que sentía, comenzó a charlar por los codos; ella no tenía miedo a nada, le entusiasmaban las tormentas por horribles que fuesen, sobre todo en el mar.

—¿Tiene usted costumbre de navegar?, preguntó Inés Moncada, que era la casada joven.

—No; esta es la primera vez que me embarco; las tempestades sólo las he contemplado desde mi casa de Barcelona; por eso deseo ver una en plena mar,

aunque sea formidable... ¡ah!, qué cosa más bella.

—*Mare de Deu*, exclamó doña Micaela, espantada, esta señora está loca... ¡ah!, la ma... *quin precipici tan horrorós...*

—Perdone que le diga, señora, que ese terror habla poco en favor de sus ideas, demostrando lo que he creído siempre, que la religión hace a las personas pusilánimes; es natural que con todos esos espantajos de infierno y purgatorio, sientan pavor ante la muerte; nosotros, en cambio, como no creemos que haya nada más allá, la vemos venir con frialdad...

Una sacudida terrible del buque ahogó en la garganta de doña Micaela las vehementes palabras con que iba a contestar a la escritora, e hizo cesar la conversación emprendida; todos conocían que la cosa se iba poniendo fea: el viento huracanado levantaba olas como montañas que barrían la cubierta del buque y lo elevaban a gran altura, derribándole después ya sobre un costado, ya sobre el opuesto. Remey había enmudecido por hallarse presa del mareo y por el miedo que le producían tales zarandeos.

La mayorquina iba completamente mareada, y cuando se lo permitían los frecuentes vómitos, invocaba a todos los santos de la corte celestial, a la Virgen del Carmen, patrona de los marinos... *Mare de Deu, ascolta nostras oraciós*, decía en su dialecto.

—La tempestad arreció terriblemente; constantes relámpagos iluminaban el firmamento, y el ruido de los horribles truenos se mezclaban con el que producía el agua del mar al precipitarse por el buque, formando verdaderas cascadas.

Doña Micaela, al ver a Remey encogida e inmóvil, dijo, dirigiéndose a Inés Moncada.—Esta señora está *encantada* de ver una tempestad en el mar. Remey no contestó; estaba aterrada; nunca se había sentido tan pequeña como en aquellos momentos en que el barco era juguete de las olas, y sentía el abismo a sus pies dispuesto a tragarlas; la formidable voz de la tormenta le parecía la de Dios, irritado y justiciero.

Hubo un momento de terrible angustia; se apagaron las luces, se oyeron voces en demanda de auxilio, y las sacudidas se hicieron tan violentas que to-

dos pensaron en una muerte próxima; Remey llamó a gritos a la camarera; ésta no ocultó la gravedad de la situación.

Las religiosas, pálidas, pero serenas, se arrodillaron y se pusieron a rezar en alta voz; la misma doña Micaela, considerándolo todo perdido, no se ocupaba más que de ponerse bien con Dios; Inés Moncada hacía lo propio: sólo Remey, con los ojos fuera de las órbitas, se revolvía espantada, loca de terror.

—Hija mía, le dijo Sor Indalecia, piense usted en que quizá dentro de breves momentos nos encontraremos ante el tribunal de Dios.

—No diga usted eso... por piedad... qué horror, decía retorciéndose las manos con desesperación.

—El que no lo diga, no hará que no suceda... vamos, hija mía, piense usted en su alma, trate de rezar con nosotras.

—Ya casi no sé cómo se reza... y aunque lo haga, Dios, a quien tanto he ofendido no oirá mi oración... será una oración arrancada por el terror...; si es cierto que hay infierno, estoy condenada irremisiblemente... los sollozos ahogaron su voz. Sor Indalecia, sobreponiéndose al propio miedo, trató de salvar el alma de Remey, consiguiendo, al fin de grandes esfuerzos, llevar a ella la fé y la esperanza cristiana.

Cogida, como si fuese un niño, al cuello de la religiosa, repetía lo que ésta le iba sugiriendo. Doña Micaela, con el crucifijo en una mano y estrechando a su hija con la otra, se preparaba valientemente a morir.

II

Ya estamos en Palma; miren, miren la inmensa mole de la catedral dominándolo todo... qué noche de angustia, Sor Indalecia.

—No, hija mía; para usted ha sido, muy hermosa, puesto que le ha abierto los ojos a la luz del cielo.

—Sí, es cierto; esta noche he comprendido la grandeza de la religión que dá fuerzas extraordinarias a personas tan pusilánimes como Doña Micaela, y a ustedes el heroísmo de conquistar un alma en momentos en que el egoísmo humano es tan feroz...; ¡ah!, allí viene mi amiga Ana...

—Hola Remey... tú en compañía de monjas... lagarto... lagarto...

—Tengo el gusto de presentarte a

Sor Indalecia, la persona que más estimó en la tierra.

— ¡Tú!

— Yo, sí... ya te contaré sus *hazañas* y comprenderás la razón.

L. F. M.

Un caso de Conferencia

Debo a un amigo generoso el siguiente relato:

«En calle poco céntrica de cierta capital, cuyo nombre no hace al caso, tropecé con una niña, al parecer de siete años, rubia, hermosa, risueña e inocente como un serafín.

— Caballero, deme usted una limosna por el amor de Dios.

— ¡Muchacha! Tú tan fina y con ese traje casi nuevo y elegante ¿pides limosna?

La niña no se turbó, pues por lo visto le eran habituales estas contrariedades y estrecheces; pero ruborizóse un poquitín, diciendo:

— Sí... ya ve usted... no tenemos qué comer.

— ¿No teneis qué comer y vas tan bien peinada y vestida?

— Me ha peinado y regalado este traje una señora caritativa que tiene niñas de mi edad.

— ¿De quién eres hija?

— De un maestro de escuela.

— ¿No tiene colocación?

— No, señor; ni trabajo, que es lo más triste.

— ¿Y en dónde está tu padre?

— En aquella escalerilla escondido; le da vergüenza pedir limosna, y me envía a mí, mientras él vigila para que no me ocurra alguna desgracia.

— ¿Y tu madre?

— Murió hace poco.

— ¿Sois muchos hermanos?

— Cinco, y yo soy la mayor.

— ¿En dónde vivís?

— En la calle de... número... buhardilla.

Le di una limosna, y la gentil y lista rapaza desapareció corriendo.

La Conferencia de San Vicente de Paul, correspondiente a aquel barrio tuvo noticia de lo ocurrido, y su comisión de investigaciones se presentó pocos días después en la buhardilla.

Cuanto dijo la hermosa niña era exacto. Nunca había tenido escuela oficial el maestro en cuestión; pero sí escuelas privadas, que apenas le producían lo indispensable para la vida. Harto de luchar y hombre de malas ideas, cayó en fin en manos de una sociedad secreta y sectaria que le encomendó la dirección de una de sus escuelas laicas. En contacto frecuente e íntimo con sus protectores, consolidáronse las perversas ideas del maestro, quien poco a poco concibió honrada y rabiosa antipatía contra los que él llamaba clericales, y contra todas sus obras.

Como Gambetta, creíase firmemente persuadido de que el clericalismo es el verdadero y único enemigo, no solamente de las sectas de todo pelaje, sino también y principalmente de la libertad, del progreso y de la civilización moderna; pero es lo cierto que sus amigos los anticlericales no le habían sacado de apuros, que mientras estuvo a su servicio comió malamente a fuerza de trabajo y aún de deshonras, y que cuando no se prestó a ciertas exigencias indignas de los jefes ocultos, nuestro pobre maestro perdió su colo-

cación, con ésta el miserable mendrugo de pan para su mujer e hijos; lo arrojaron a la vez del local de la sociedad, donde tenía la escuela y su domicilio, y se encontró de repente en la calle sin ahorros, sin hogar y sin trabajo.

La comisión investigadora de la Conferencia procedió con el tacto más exquisito, limitándose a averiguar el estado de penuria de aquella familia, y fijándose, sobre todo, en los signos externos de tanta necesidad material y moral; pero el maestro comprendió enseguida que se trataba de clericales, y se desató contra aquellos caballeros en insultos los más soeces. Por caridad aguantaron el chubasco sin abrir el paraguas, y sin pronunciar la menor palabra que pudiera ofenderle, pero el más viejo de los dos, le dijo con tanta dulzura como entereza:

— Piense usted sólo que no hemos venido a mortificarle, sino a socorrerle, y por si la necesidad era mucha, contra lo que se acostumbra en nuestras Conferencias, que únicamente socorren a los pobres después de investigados y admitidos, traemos para ustedes estos bonos de pan y arroz. Si los quiere usted y nos da permiso para visitarle todas las semanas con la limosna que ustedes necesiten y la Conferencia acuerde, los toman. Si no los quiere usted... lo dice lisa y llanamente, y, aunque con pena, nos retiraremos después de pedirle mil perdones por haberle molestado.

El maestro quedó atónito ante modestia y sencillez tanta. La humildad cristiana triunfó de la soberbia revolucionaria, y el infeliz maestro se limitó a preguntar con menos ira:

— ¿Y a ustedes quién les ha dado las señas de mi casa y les ha dicho mi situación?

— Su hijita mayor de usted, en la calle de...

— Sí, papá, sí (confirmó la niña): uno de estos caballeros me dió limosna el otro día, mientras tú estabas escondido en la escalera de aquella casa, y me preguntó en dónde vivíamos y si estábamos pobres.

Conque no seas tonto, toma lo que te den y Dios se lo pague.

— ¡Chiquilla! ¿Cuándo te he enseñado yo a nombrar a Dios para nada?

— Tú, nunca; pero mamá, cuando vivía, lo nombró muchas veces y hasta me enseñó a rezar sin que tú lo supieras.

— Vergüenza y maldición!—exclamó el maestro.

— ¿Por qué, papá, ha de ser vergonzoso nombrar a Dios?—preguntó la niña con ingenuidad grande. Tú mismo me dijiste un día que pidiera limosna por el amor de Dios, pues los necios y los fanáticos daban más de esta manera.

— Verdad es, pero esta es la más triste de las debilidades. Sólo se vuelven a Dios las mujeres, los niños, los necesitados, los enfermos, los moribundos, y demás genticilla por el estilo... y esto es indigno de inteligencias librepensadoras y fuertes.

— Pues, gracias a Dios (dijo uno de los socios de San Vicente de Paul), ninguno de nosotros dos está en esos casos que acaba usted de citar, y sin embargo, por su misericordia infinita, pensando en Dios vivimos, y en el santo temor de Dios educamos a nuestras familias hace muchos años.

— Bueno, bueno, no me importunen ustedes más; les autorizo para que vuelvan todas las semanas con el socorro

que gusten por estas criaturas que se mueren de hambre y de desnudez, pero con la condición de que no han de hablarme ustedes, ni poco ni mucho, ni nada de religión.

Y el pobre librepensador ni se movió de su silla para ofrecer asiento a sus visitantes, ni se descubrió siquiera, mientras estos permanecían en pie y descubiertos: pero como la caridad es paciente, los socios de las Conferencias aceptaron, besaron sin afectación a la niña, dieron los bonos e instrucciones para hacerlos efectivos al padre, y se retiraron.

Transcurridos algunos años, el maestro antiguamente laico y librepensador estaba al frente de una de las escuelas fundadas y sostenidas por las Conferencias, y se entusiasmaba explicando a los niños el Catecismo de la doctrina cristiana; sus hijos eran modelo de jóvenes honrados y laboriosos, y su padre, viudo, ya no pasaba los apuros y vergüenzas de antaño para alimentarlos y vestirlos.

El Presidente de la Comisión de escuelas se presentó cierta noche, sin aviso previo, a girar la visita a la escuela de nuestro héroe; quedó altamente satisfecho del maestro y de los discípulos: salió el segundo a despedir al primero hasta la puerta de la calle y cruzáronse entre ambos estas palabras:

— Muy bien, muy bien, señor maestro: estoy contentísimo y voy a pedir para usted una gratificación.

— ¡Qué más gratificación que la de haberme redimido de la servidumbre de las sectas.

— Esta fué obra de Dios.

— Por el intermedio de usted.

Y al pronunciar esta frase no pudo contener las lágrimas el buen maestro.

— Vaya, vaya, eso sí que es debilidad impropia de un espíritu fuerte.

— Pero muy natural en corazones agradecidos a las misericordias divinas y a la caridad humana, que obras son amores y no buenas razones.»

A tí y a muchos

Acabas de terminar tus estudios con notas inmejorables; tu conducta y aprovechamiento en el Colegio han dejado a tus padres satisfechos; he visto muy bien, por lo acertado, el digno remate a tu carrera de Comercio: unos Ejercicios espirituales en el apartado y pintoresco retiro de Celorio, a donde fuisteis bastantes jóvenes. ¡Quiera Dios que el recuerdo de estos Ejercicios os sirva contra las malicias y pasiones del siglo!

Bien necesitáis, sobre todo vosotros los jóvenes inexpertos de esta preparación religioso-social y de esta meditación de las verdades eternas, porque el mundo, hartó viejo en marrullería, ve en vosotros conquista fácil, si no estais perfectamente pertrechados con una educación e instrucción religiosa tan sólida y eficaz como las que se adquieren bajo el amparo y guía de profesores tan doctos y santos como los que tú acabas de dejar.

Por no tener en la estima y cuidado que debieran estos tesoros del alma, se han perdido no pocos que saliendo de estos colegios jóvenes modelo, convirtieron al poco tiempo en «piedra de escándalo», en seres odiados de su familia y de la sociedad.

¡No! tú no serás de estos desgraciados, sabrás conservar en tu corazón el amor y el respeto a todo lo noble y

santo y santificarás tu alma siempre en el cumplimiento de los preceptos de Dios.

La vida que tú aprendiste en el Colegio no es para menos. Hónrate, pues, con ella y honra a los tuyos.

No te seduzcan amigos frívolos, amigos libertinos que andarán a tu lado, libre ya como estás de la constante salvaguardia de tus buenísimos y expertos profesores, no te ofusquen los errores del mundo más o menos encubiertos, no te humille el respeto humano, el maldito «qué dirán» cuando se trate de cumplir sagrados deberes, no te dejes llevar de ninguna pasión malsana, del afán desmedido de riquezas, del odio ni deseo del mal de nadie, de la murmuración poco caritativa; no tengas interés ninguno por ver ni leer lo que es malo, lo que es peligroso, aunque te digan amigos poco escrupulosos que distrae... que recrea... ¡Esta curiosidad, este afán de saber lo que mejor es ignorar, ha perdido para siempre en sus almas y en sus cuerpos a muchos incautos!

Complaciente siempre con todos, pero para lo bueno; para lo malo ¡jamás!, ni en lo más mínimo; que de concesión en concesión se va muy lejos. Por una pequeña complacencia se puede perder un reino! Al mundo entero, a pesar de sus maldades le infunde respeto y admiración el hombre que sabe sostenerse contra todo en el cumplimiento de sus deberes de honradez y catolicismo.

De estos importantísimos deberes han querido siempre tus padres ser esclavos y no les pesa, que en su cumplimiento son felices, sin que otra felicidad pueda igualarse a esta.

Veo en tí una esperanza consoladora. Has tenido la suerte de ingresar, por recomendación de tus profesores del **Colegio de la Inmaculada** (esto me satisface muchísimo, probándome que no eres sólo bueno en mi presencia) en una respetable **Casa**, por todos conceptos estimable, razón de más para conservarte alejado de muchos peligros morales. Procura que tus superiores estén siempre satisfechos de tu conducta, puntualidad e interés en los asuntos que te encomienden y que tus compañeros de oficina vean en tí un amigo franco y leal.

Después de esto, como consecuencia obligada, Dios te favorecerá con el regocijo de los buenos.

Te lo promete

Tu padre.

¡Sirva de aviso!

A las católicos poco advertidos que aún se dejan coger en las redes de la secta masónica, creyéndola sociedad de fraternidad universal, sirvan de recuerdo estas elocuentes palabras de León XIII en su Encíclica «Humanum genus»:

«Porque de los certísimos indicios que hemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intentos (habla de la secta masónica) a saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo.»

Y luego:

«Sus principales dogmas (los de la masonería) discrepan tanto y tan claramente de la razón, que nada puede ser más perverso.»

Más adelante dice: «Tenemos que habérmolas con un enemigo astuto y do-

loso que, halagando los oídos de pueblos y príncipes, ha cautivado a unos y otros con blandura y palabras y adulaciones.»

Y ahora prestad más atención los que pertenecéis a la masonería, creyéndola buena, y los que estais en duda de «caeros»... o no «caeros» por indicaciones de algún amigo... reformista.

Sigue el gran León XIII:

«¡Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre a la secta masónica! ¡Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida!»

Paréceme que para católicos que se precien en serlo es bastante esto que dice y ordena el Vicario de Cristo en la tierra, y para ciudadanos simplemente honrados también.

Un advertido.

A Santiago Apóstol

(FRAGMENTO)

Por tí se vió del español valiente
Humilde la cerviz al yugo santo,
Y la mentira a la verdad sujeta,
Siendo antes imperfecta
De una mágica fuerte, de un encanto
Que engastó tanto pecho y tanta gente,
Y tú dichosamente
Alzaste el primer templo a la Doncella
Después de Dios más pura, limpia y bella,
Y al injusto tirano acometiendo
Libre saliste y vencedor muriendo.

Y tú vibrando la invencible lanza
En trances arriscados mil te arrojas
Por más favor de la española parte,
Queriendo señalarte
Con blancas armas y encomiendas rojas
Para mostrar que a lo invencible alcanza,
Y allí tomas venganza
Del bárbaro gentil, del turco y cita
Que el daño de tu pueblo solicita,
Y entre ellos rompes, quiebras y desgarras
Yelmos, frentes, turbantes, cimitarras.

PEDRO RODRÍGUEZ.

CONFESIONES

«He tenido la dicha de conocer la verdadera virtud. Sé lo que es fé. Siento que mi vida es aún gobernada por la fé, que ya hace tiempo no poseo. La moral, como regla de conducta, fué el punto en que más insistieron esos buenos padres (los sacerdotes que educaron al que así se expresa), y su comportamiento irreprochable les daba para ello un perfecto derecho. Todavía hoy, a los cincuenta años, con mi pobre alma enferma persevera esa impresión. El hecho es que cuanto se aleja en contra de la moral sacerdotal carece, según mi propia experiencia, de fundamento. Durante trece años estuve en manos de sacerdotes, sin que jamás viese ni sombra de escándalo. Nunca he conocido más que buenos sacerdotes. Se echa de ver que el sacerdote tiene corazón y sentimientos; pero que están dominados por un principio más elevado; o más bien, que el corazón y sus afectos están como transformados en algo superior.» ¿Sabéis de quién son estas palabras? Supondréis que de algún apologista de la fé y del sacerdocio. Pues son de un exseminarista apóstata:

del impío Renán. Sería cosa curiosa reunir los testimonios de los malvados en favor de la Religión, empezando por Voltaire y Juan Jacobo. Mas nadie vaya a pensar que les honran tales confesiones; al contrario, a Voltaire y a Rousseau, etcétera, lo mismo que a Renán, sus confesiones los condenan, pues perseveraron en su guerra contra Dios.

La ola de cieno hasta en los niños.

No debe tolerarse

Copiamos de nuestro querido compañero «El Pilar», de Zaragoza:

«No les basta con asesinar a los hombres.

Mataron en el corazón de muchos que creyeron en sus palabras, toda idea de fe. Arruinaron sus almas. Prometiéndoles felicidad, hicieron de ellos los seres más desgraciados de la tierra. Y cuando borrarón en sus inteligencias el último temor, el de la Justicia en la tierra, tan fácilmente burlable, y les garantizaron que aún en el caso de caer en sus mallas, tenían siempre un Jurado, tan abyecto como cobarde, capaz de absolver a los mayores monstruos del crimen, pusieron en sus manos la pistola y le dijeron: «¡Mata!... ¡Que matando, serás feliz!»

Y los desgraciados buscaron este último camino de su «felicidad».

Pero los inductores, las fieras insaciables, las que van sembrando, con brazo ajeno, la desolación y el luto en millares de hogares, no están ahitos. Quieren nuevas víctimas de sus odios y de su perversión. Temen que se acabe un día, por fatal reacción de los hombres conducidos al negro abismo de la anarquía, el número de sus «secuaces decididos». Hay que «preparar»—dicen—las nuevas generaciones.

Y al amparo de una libertad mil veces maldita, de la cobardía criminal, suicida, de Gobiernos y partidos políticos que, aquí como en Rusia, serían los primeros en caer despedazados el día que una siniestra revolución dejase franquía a los que la van preparando, la ola de corrupción y de barbarie extiende sus tentáculos hasta nuestros niños. ¡Hasta los tuyos, lector, hasta los nuestros, hasta los de todos!...

En la mesa tenemos una prueba del nuevo crimen. En forma de «Cuentos para niños», y al precio insignificante de diez céntimos, una Biblioteca anarquista de Tarragona, va depositando en el tierno surco de los pequeños corazones y las vírgenes inteligencias, la semilla feroz, y, de paso, ofreciendo a su curiosidad insaciable todas las flores de perversidad que cultivan en su jardín.

Nos bastaría publicar los títulos de los libritos que ofrecen a los niños para que el lector se hiciese cargo de toda la monstruosidad de esta obra destructora que de un modo público, sin una sola cortapisa, con local propio y señas que no se ocultan a nadie, difunde, desde Tarragona, la «lepra infantil».

Y no sólo asuntos, y «canciones rebeldes» y folletos, sino postales en colores para glorificar a asesinos como Morral y Angiolillo y a organizadores de bárbaras carnicerías humanas como Ferrer, se ofrecen a los niños por quince céntimos para ir propagando en ellos la admiración hacia los grandes criminales, para acostumarles a ver en

ellos figuras de «mártires» y de «apóstoles».....

¿Y contra esto qué podemos, cuando vienen turnando en el Poder desde hace cerca de un siglo hombres que son capaces de vender hasta a su Patria, de acabar con cuanto pueda significar su salud y su vida, antes de que pueda alzarse en el Parlamento un imbécil, o socio espiritual o material (que de todo hay) de Bibliotecas como esta de que hablamos, a decirles que no son bastante «liberales»?

De esta cobardía, de este miedo a las palabras, de este «pudor democrático», esta siendo víctima la Nación en todos los aspectos.

Y la conclusión es lógica: o acabamos con toda esta inmunda farsa, o termina ella con nosotros.

Veremos si por nuestros hijos, por las generaciones que han de sucedernos, sabemos hacer lo que no hicimos por nosotros.»

Por nuestra parte volvemos a insistir que estos jóvenes que para hacerse dueños de la sociedad intentan imponerse por el crimen, son los que en los primeros años de este siglo eran niños que asistían a las escuelas fundadas en Barcelona por el desdichado Ferrer, anarquista rabioso. ¡Fruto obligado de las escuelas sin Dios!

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. C. P. de Oles.—Pagó fin 1923.
Sr. C. de P. de Siero.—Fin Junio 1923.
Sras. D. P.—Madrid.—Fin Junio 1923.
Sr. D. P. G.—Piedraceda.—Fin 1923.
Sr. D. T. S.—Madrid.—Fin Octubre 1923.

DONATIVOS

D. José M.^a Camino, de P. de Siero, 5 pesetas.
Srta. M. Camino, 2,10 id.

SUPPLICAMOS a nuestros suscriptores que aún nos deben el año 1922 y el 21 procuren lo antes posible ponerse al corriente con esta administración.



PRIMER ANIVERSARIO

EL SEÑOR

DON FRANCISCO VILLAR DEL VALLE

Y SU HIJO EL NIÑO

JOSE VILLAR ALVAREZ

Fallecieron en la catástrofe ferroviaria de Paredes de Nava, (Palencia), el 11 de Julio de 1922

R. I. P.

Su esposa y madre respectivamente doña Adolfinia Alvarez Quijano; hijos y hermanos, don Francisco (ausente), don Vicente, doña Adolfinia, doña Luisa, don Manuel Villar y Alvarez; hermanas doña Engracia y doña Generosa Villar; madre política doña Aurelia Quijano Benito (ausente); hermanos políticos, sobrinos, primos y demás familia.

Ruegan encarecidamente a los lectores de *Religión y Patria*, les encomienden a Dios en sus oraciones, por lo que les viviran muy agradecidos.

Varios Prelados han concedido indulgencias en la forma acostumbrada.

En sufragio del alma de los finados se hará un reparto especial de 500 números de *Religión y Patria* en Ribadesella.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal.—Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios

San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 ::

GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.

— — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJON: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

AOEBAL, RATO Y COMP.

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Vídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de cortidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORREDA, 63.

GIJÓN.

Imp. «La Reconquista». — Gijón.